



### CAPÍTULO III

Nicolás Romero

**A**NDALE, gabachito; arrímate al buen tostado, me dijo un chinaco de gran sombrero y de barbas aborrascadas. Arrímate, que en el campamento de Nicolás Romero no hay hambre, y me señaló un cordero al pastor que exhalaba un vaho capaz de provocar el apetito del más desganado.

— Andale, hombre, haz tu taco; no te acuites, agarra gorda, exclamó otro que había empalmado media docena de *nejas*, y les había puesto por vía de sainete un trozo del suculento corderillo.

— La fortuna de éste es haber caído en manos de Nicolás.

— Nicolás le ha de tratar bien.

— Y le ha de dejar libre.

— Si no hay como el jefe, digan lo que quieran.

- ¡Tan parejo!
- ¡Tan hombre!
- ¡Tan noblote!
- Valiente como él solo.
- Ya lo creo que es valiente.
- Y para travesear á caballo...



- No tiene cuate el hombre, válgame María Santísima...
- Yo no he visto á nadie *menear* el penco como Nicolás.
- Ni *arrancarlo*.
- Ni *sentarlo*.
- Hace al *cuaco* como si fuera melcocha: en él, brinca cercas, salva zanjas, trepa montes, escala peñas; parece que trae el diablo en ancas.

- Yo no sé quién haga una *machincuepa* como él.
- Ni quién sepa montarse á escape en la bestia.
- Las zurras que les tiene dadas á los franceses.
- Lo de Anganguero...
- Lo de Venta del Aire...
- Lo del Tulillo...
- ¿Y quién es Romero? pregunté tímidamente en mi español afrancesado.
- ¿Qué dice?
- ¿No conoce á Romero?
- ¿No ha oído hablar de Nicolás?
- ¿Pero quién es este franchute?
- ¡Qué atrasados andan en Francia!
- ¿A que tampoco conoce á Luis Malo?
- Ni á Vicente Martínez.
- Ni al mismo Aureliano.
- ¡Y así se la vienen echando de *improsultos*!
- Venido á ver su huerto...
- Ni chicalote...
- La civilizada Francia...
- No soy francés, soy belga, repuse tímidamente.
- Es lo mismo.
- Es igual.
- Francia y Bélgica son como Morelia y Guadalupe.
- Como Zitácuaro y Tacámbaro.

— Ninguna de ellas tiene ni un sitio de ganado mayor.

— Por eso están muriéndose de hambre: como no alcanzan ni para zacate, necesitan venir acá.

— Piden de amor caridá.

— ¡Pero no conocer á Nicolás!...

— ¡No saber que en todo Michoacán nadie raya un caballo como el coronel!

— ¡No saber que los franceses le tienen más miedo que al *chamuco*!

— Bueno, hombre, bueno; pero ya que no lo conoce, dale algunos apuntitos del jefe, observó el que había hecho el taco con seis tortillas.

— ¿Qué le contaré?... ¿qué le contaré?...

— Lo de Metepec...

— Lo de Ayala...

— ¿Y Romero salió de vuestra escuela de cadetes? pregunté con la intención preconcebida de que me chun-guearan.

— ¡Ah, qué gabacho!

— ¡Qué cadetes ni qué ca...ñones! exclamó uno.

— Si apenas sabe leer decorado porque le enseñó el cura de San Angel.

— ¿Quién fué entonces su maestro de táctica? dije haciéndome de pencas.

— No sabe siquiera si la táctica se come con cuchara ó con tenedor.

— Si se come ó si se almuerza.

— Nicolás táctico... ¡qué chistoso!

— ¿Acaso no es... vamos, de la nobleza del país? pregunté haciéndome el sueco.

— ¡Qué nobleza ni qué tu abuela, franchute desgraciado!

— Yo conocí á su padre.

— Era trabajador en la fábrica de Contreras.

— Y también lo fué Nicolás.

— Muchas piezas de manta tejió antes de venir al monte.

— Muchas canillas hiló cuando era muchacho peruétano.

— Yo le conocí cuando empezó con Aureliano, allá por la guerra de tres años.

— Él fué de los primeros en entrar á México en la Nochebuena del sesenta.

— Por señas que ese día sepultaron á su padre.

— Yo andaba con él cuando me le echaron de los alrededores de México.

— En Montealto, cerquita de la capital, estuvimos juntos.

— De allí me le dió una correteada don Tomás Mejía...

— Y desde entonces anda por estos rumbos.

— ¡Pero cuántas veces se la ha pasado por las narices al don Tomás!

— Cuando lo de Ayala...

— ¿Tú estabas allí?

— No, pero estaba Tirado, que me lo contó.

— Y Pragedis García.

— Y Demetrio Romo.

— Y los dos Ortices.

— Los dos no, sólo estaba Matías.

— Y Juan Portugal.

— Y Epitacio González.

— Pos señor, que llegaron á Ayala más ispiados que un caballo sin herraduras después de andar veinte leguas... Nicolás tenía treinta hombres.

— Cuarenta y cinco, compadre.

— Tienes razón, compadre, cuarenta y cinco: ese día se le había juntado José López con quince de los de Robredo... Tenía, pues, cuarenta y cinco valientes, porque eso sí, valientes, lo eran... Los muchachos preguntaron al coronel qué precauciones habían de tomar... «La ninguna, respondió Nicolás; aquí no llega ni Dios... Y luego, que tengo un sueño que vale un Perú...» Los muchachos, por sí ó por no, atrancaron las puertas, dejaron los caballos ensillados y se echaron á dormir como unas marmotas. Como Ayala es de la propiedad de los señores Pliegos, que son cacas grandes de la casa del Emperador, luego que supo el capellán de la hacienda que estaban allí los chinacos, creyó dar un buen navajazo á sus amos

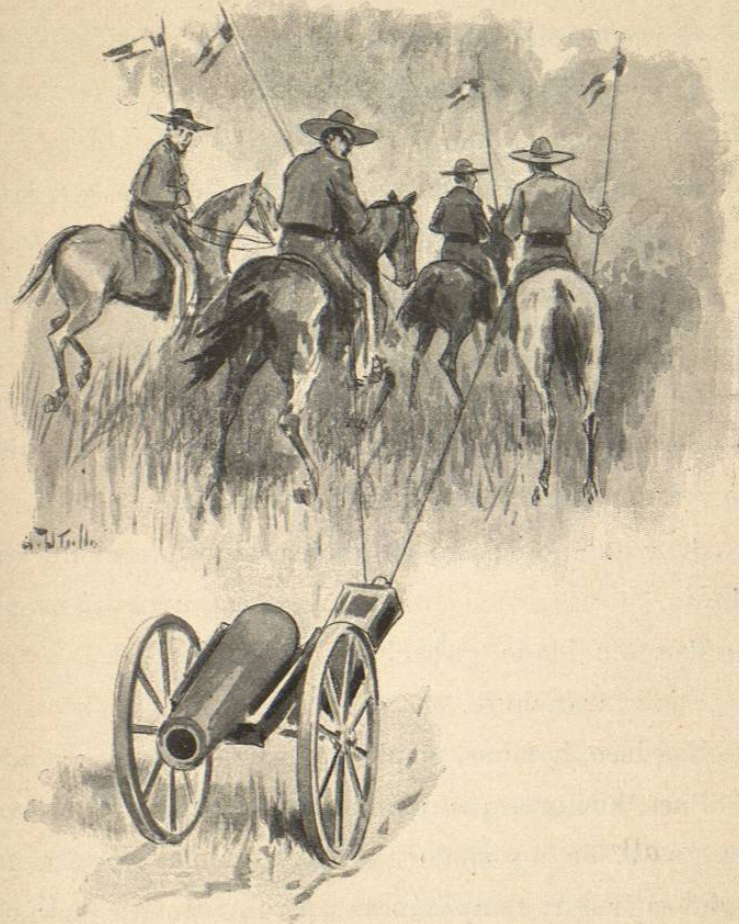
avisando por extraordinario á Toluca que habían llegado allí los de Romero y que dándoles palomazo les caerían á la segura... Dicho y hecho; el padrecito, que era un gachupín más peludo que un vaquerillo del Bajío, mandó un correo dando el santo y seña de los bandidos, como nos llaman á los que no doblamos el espinazo ante don Marsimiliano... A la madrugada, y después de tragar más leguas de las que le cabían en el cuerpo, llegó á la casa de la hacienda don Santiago Cuevas, que de veras es templado y de veras vale... La mandó rodear por todas partes, tomó las avenidas con mucho cuidado, abocó en la puerta de la casa un cañoncito de montaña y á la hora que se figuró que no tenía escapatoria Nicolás... tan, tan, tan... llamó con tres golpes á la puerta... Nicolás ni se las espantaba; despertó azorado, restregándose los ojos y sin saber qué demonios era aquello... Con los calzones en la mano llegó hasta la ventana, vió por una rendija, comprendió en un vuelo lo que pasaba y fué á hablarles á los muchachos, que ya estaban recuerdos y preguntándose si le habían de hablar á su mandón... «Tú, Romo, tú, Pragedis, tú, Portugal, usted, don Pitacio, y usted, compadre, súbanse á las alturas», dispuso el hombre más sereno que si estuviera diciendo á quién le tocaba un *platicillo* de mole... Cada uno llevaba prevenida su carabina, de esas Minié que les quitamos á los franchutes... Sin que nadie les viera, treparon por la escalera de caracol que va

á la torre de la capilla... y pum, pum, pum, en un momento me tumbaron como quince mochitangos...

— Traidores dirás, observó uno que llevaba por barboquejo una enorme cicatriz.

— Traidores, tienes razón, rectificó tranquilamente el narrador, que á la cuenta tenía buen genio y estaba de excelente humor; traidores, porque gracias á Dios, no todos los mochitos se han metido en estas cosas.. Pos, señor, los traidores, que vieron caer á tantos hombres y que no tenían las manos amarradas ni eran zurdos, ni mancos, empezaron á responder por los mismos consonantes; pero los cinco *pecherones* que estaban en la torre, que eran malditos como ellos solos, siguieron mata y mata gentes de las que tenían delante, que bien han de haber pasado de cuatrocientas ó quinientas almas... Por no hacerles el cuento largo, tienen que mientras los chinacos de la torre seguían echa y echa bala, Nicolás formó á sus cuarenta hombres, fué bajando uno por uno á los de la altura, y cuando ya estaban todos listos... mandó abrir la puerta y salió gritando: «¡Ay, poder de Dios! ¡viva México!...» Tras él salieron los cuarenta y cinco corriendo á todo trote, y echando lanzazos á derecha é izquierda, se abrieron paso por entre los de Cuevas... Ya ustedes se figuran la balacera, los gritos, las maldiciones que echarían aquellos sinvergüenzas... Les siguieron un buen trecho, pero como ya estaban más amolados que la

reata del pozo dejaron escaparse á Nicolás... Un maldito de aquellos no sé ni cómo, lazó el cañoncito de montaña y se lo llevó ayudado por media docena de los nuestros...



Cargaron con el chisme como tres cuartos de legua, pero tuvieron que dejarlo á poco porque no hallaron qué hacer con él... ¿Y sabe, compadre, cuántos muertos y cuántos heridos tuvo don Nicolás?

— Sería la mitad de la gente; una cosa de esas no se hace sin que muchos saquen la zalea.

— ¡Qué mi compadre! Qué, ¿no le ha oído decir? Ni un rasguñado, ni un rozado de bala.

— Esos son tompeates, compadre.

— Eso es bueno y pulque á las once.

— Bien haiga lo bien parido.

— Ora cuéntenos lo de las Tahonas.

— ¡Ah! del día que le dió á Márquez tres zurras.

— Y también del día que ganó tres acciones en doce horas.

— Lo de Márquez, yo lo vi; lo demás me lo contaron.

— Pos dígalo como lo sepa, que quiero que el gabachito vea que donde hay bueno hay mejor.

— Sí, y que no más su chile pica, sino que el nuestro es piquín.

— Ponga cuidado, gabachito.

— Fíjate, franchute.

— Empiece, hombre, empiece.

— Pues, hombre, que una mañanita que estaba aleando la grulla de un modo que daba grima, Nicolás nos obligó á salir muy temprano de un ranchito que se llama la Primicia. Al llegar nos mandó á cuarenta chinacates emboscarnos en un montecito que domina el lugar de las Tahonas, que por más señas se llama así por unas enormes piedras en figura de tahonas que abundan por allí:

todos llevábamos esas carabinas que les dicen Minié, que les hemos quitado á los franceses y que nos han servido más que un Cristo romano á un moribundo. Tienen ustedes no más que apenas estábamos allí hacía un rato, con la mano en el gatillo del arma y temblando de frío, cuando vemos en un instantito, tan cerquita como verle yo á usted, á la vanguardia de Márquez que venía descuidada y caminando al paso pensativo de los caballos: en ese momento, cuando teníamos á los traidores casi á tiro de piedra, disparamos todas nuestras armas y ni les cuenta lo que pasó: cayeron á montones, por pares, por docenas, los simpáticos amigos de Márquez; y es que como nuestros fusiles alcanzaban más de un cuarto de legua, no sólo desorganizamos á la extrema vanguardia, sino que también hicimos destrozos en la vanguardia y en el centro de la columna.

— ¿Y Nicolás?

— Nicolás iba más que de prisa escondiéndose en el camino y volviéndoseles relajo á los imperialistas... Don Leonardo mandó que nos siguieran, arregló su columna y se puso otra vez en marcha. Nosotros íbamos haciéndole el juego cuco al coronel: corríamos, nos dividíamos, nos juntábamos, íbamos y veníamos, y cuando más entretenidos andaban con nosotros... purrúm, pum, pum, señores de mi alma. ¿Qué creen que era? Nicolás que le salió al encuentro al Leopardo, y aquí te cojo allá te suelto, á este

lanceo, al de más allá fusilo y al otro le pego de machetazos, en un momento hizo trizas á todos cuantos iban delante: setenta muertos, doce heridos y catorce dispersos le costó el fandango al renegado; así me lo aseguró Pilar García, el hijo de don Lencho, el almenistrante de la Florida, que aunque anda con los otros es amigo y dice las puras verdades.

Los chinacos estaban que se salían de la silla oyendo aquellas proezas; interrumpían al orador, le pedían detalles, le hacían observaciones. A todo contestaba el narrador, que era gracioso y bien entendido, y que luego que pudo desembarazarse de la nube de importunos, continuó así:

— Ya reunidos llegamos á Zitácuaro, espueleados por Márquez, que iba pisándonos los talones... Nosotros como una vida y salú, cocoreando á los traidores, gritándoles de madre y haciéndoles mil chistes: hay entre nosotros gentes muy alegres y tracistas y que son muy capaces de hacerle una memela á la muerte cuando sea menester... Pos, señor, que llegamos á Zitácuaro, y aquellas muchachas, que son de oro, nos salieron á recibir con ramos de flores y con músicas y con vivas: á Nicolás se le comían de ojo; pero él, que ya estaba apalabrado con la chaparrita con quien al fin se casó, no hacía caso de todas aquellas niñas que eran de lo más chinaco que se ha visto... Pues, negritos de mi alma, no se lo quisiera decir; en



... llegamos á Zitácuaro y aquellas muchachas, que son de oro...